

El legado de la luz

Andrés Hoyos

A su muerte, Juan Antonio Roda dejó un cuadro inconcluso en el caballete. También dejó muchas amistades, remotas o recientes, que daban la sensación de haber apenas comenzado, dejó libros a medio leer, dejó películas que hubiera querido ver, dejó música para oír y volver a oír y dejó una familia que giraba sin mucho esfuerzo en torno suyo. El orden de los factores cambiaba según el día, pero su mundo de pintor esencial dependía de esas pasiones inconclusas: gente, libros, música, películas, viajes, conversaciones. En el centro de todo habitaba una mirada templada, de esas que se necesitan para el gran arte: escéptica pero generosa, aguda pero nunca cruel, estricta pero estimulante, desprendida pero insobornable. Él mismo hablaba de su “optimismo melancólico”.

Roda nació en Valencia, España, el 19 de noviembre de 1921, y fue criado en la Barcelona republicana, donde su pudiente familia se vio empobrecida de repente por la Guerra Civil y por la temprana muerte del padre. A despecho de los siempre indispensables profesores y profesoras de secundaria que le despertaron un amor imperecedero por la literatura, su medio no era de veras culto, y las primeras intuiciones de la que luego sería su ocupación de pintor tenían un sentido antimoderno. Es más, la inercia parecía obstinada en convertirlo en un ciudadano común y corriente de ese país escindido y ensangrentado que a partir de 1939 se transformó en la España franquista, pero Roda intuyó que éste no era el mejor

de los destinos y se propuso contrariarlo. Fue autodidacta en lo esencial —en su circunstancia no tenía más remedio— y a puro pulso se fue rescatando a sí mismo de la amenaza de la mediocridad por medio de la amistad, la lectura, el cine, la música, —atrás mencionábamos sus pasiones inconclusas— y por medio de una extraña obstinación que a lo largo de la vida lo llevó a buscar alternativas al comportamiento obligado. En justicia quizá haya que decir que otro impulso definitivo se lo dio la ciudad de París, donde vivió entre 1950 y 1955, a lo largo de cinco años muy viajados. La vieja capital del mundo, herida en lo profundo por las humillaciones sufridas durante la Segunda Guerra Mundial, vivía entonces quizá el último trecho de su más que centenario esplendor artístico. Pero algo andaba descarriado en el espíritu de París, y Roda tampoco permaneció allí. De nuevo la intuición, supone uno, le dijo que no podía detener su movimiento.

Vino a Colombia y se quedó a vivir. Sus razones para hacerlo, no carentes de un misterio que se acentuaba a medida que Roda lo explicaba, permiten varias interpretaciones que no vamos a intentar aquí. Una vez instalado, pasó algo más de una década alternando la pintura con la enseñanza en el Departamento de Bellas Artes de la Universidad de los Andes. Él, que no había tenido más maestros que los cuadros de los museos, parecía contento con esta combinación vital hasta que su tiempo y su vocación de profesor se vieron interrumpidos

en forma abrupta y definitiva a comienzos de los años setenta cuando la universidad, con ese apocamiento tan típico de los dueños del país en la época, decidió zanjar la polémica desatada por el movimiento estudiantil de la peor manera posible: por el camino del aniquilamiento, cerrando el Departamento de Bellas Artes, junto con el grupo de teatro y con el Departamento de Castellano. Esta última genialidad, dicho sea de paso, logró la hazaña de que muchos de los tecnócratas del país recibieran el diploma universitario sin siquiera saber redactar una carta. Nuestra cultura todavía no se repone del todo de las decisiones tomadas en esos años pusilánimes, tanto en la Universidad de los Andes como en muchos otros lugares en los que se forjaba el espíritu de un país endeble.

La obra plástica de Roda iba en obvia contravía de la parquedad ambiente y no podía ser confinada por ningún comisario en la famosa cáscara de nuez de Hamlet. De ella habría que hablar más despacio como sin duda lo haremos pronto en estas páginas. Baste con decir por ahora que aquella obstinación en seguir el propio camino, y no el que dictaba la popularidad o la moda, le dio en vida una fama menos considerable que la de algunos de sus contemporáneos. A mí no me cabe duda, sin embargo, de que el tiempo se encargará de invertir la actual valoración debida a la publicidad y al autobombo. Sobre todo porque ese cuadro inconcluso que quedó en el caballete de Roda a su muerte hace parte de una obra tardía de calidad excepcional, llena de misterio, intensidad y color. En pintura no es raro que la brillantez de los jóvenes deslumbré —a veces autodeslumbré—; lo raro es que las obras futuras acentúen y depuren ese deslumbramiento inicial sin caer en la banalidad o en el comercialismo repetitivo. Para un artista verdadero lo esencial no es el talento, pues si éste no viene respaldado por una pasión insobornable puede disolverse

en la intrascendencia. De ahí que no haya nada comparable al arte del gran maestro que no se entretiene en engordar figuras y presupuestos y que sigue recomponiendo, refinando y sobresaltando su arte a lo largo de la vida. Por allá en el más remoto de los empíreos están las obras tardías de Tiziano, Rembrandt, Velázquez, Goya, Monet, Renoir y Matisse, para mencionar apenas a un gran septeto que era de los todos afectos de Toño Roda. Hay más, pero son pocos.

Llegada la hora inevitable de la desaparición física ocurrida en su casa de Suba el 29 de mayo de este año, sus amigos y espectadores debemos decirle: adiós, Toño. Lo esencial, sin embargo, es que no deja tristeza. Deja luz.